

CUANDO ÉRAMOS FELICES

Juan apura su segundo coñac apostado en la barra del bar sin atender apenas al partido de fútbol que emiten por el televisor. Un viejo *Sony Black Trinitron* que lagrimea churretes de aceite, consecuencia del arduo trabajo de la freidora durante catorce incesantes horas al día, recalentando pancetas con sabor a cebolla pochada. Todavía le duele el costado, pero confía en que a medida que trascurra la noche, el malestar remita. Pide su tercer *Magno*. Prisa no tiene y tarde no es. O sí. Tal vez sean ya horas de recogerse para un hombre casado, con tres hijos y parado desde hace seis años. Ya no se acordará de encofrar, piensa. Ahora, con cuarenta y ocho años y algo jodido de salud, tampoco sería como el de antes. Escoria humana, piensa. Apura un trago largo de su copa para así echarle la culpa al alcohol del humedecimiento que aflora en sus ojos. Pero él sabe que no. Que se engaña. Que es la pena que se tiene a sí mismo la culpable de poner en remojo a sus pupilas. Otro coñac. Nadie le espera. Tan sólo el sempiterno reproche, las miradas vacías, el desdén enquistado. La fría cama indiferente a caricias, a tan siquiera roces accidentales. Tan exenta de sexo desde hace años. Hace años. Cuando éramos felices. Cuando sus hijos todavía le llamaban *papi*. Sí. Alguna vez fue *papi*, piensa. Y traga saliva para que la humedad de sus ojos no se torne en ríos de tristeza. En océanos de nostalgia.

El dolor es tenue. Efímero. Casi como su perra vida. Toca retirada. Abre la cartera para pagar y mira las fotos de su familia. Cuando éramos felices, piensa. Cuando todavía le llamaban *papi*. Cuando todavía le besaban al llegar a casa. Lo que daría él por un beso. Por una caricia. Por una sonrisa de soslayo.

Hace frío en la calle, pero la combustión del coñac atempera su cuerpo a pesar de los agujeros que porta en su perenne chaquetón. Duele más la gelidez de las almas. La indiferencia alojada en el corazón de los suyos. Pero lo entiende. La vida no es para perdedores. No para pusilánimes de escaso empuje y espíritu mortecino. Merezco lo que tengo. Lo que soy, piensa. A él le llamaban antes *cariño*. Y alguna vez fue *papi*. Y regalaba rosas en aniversarios felices. Y daba *Dalsys* en madrugadas febriles. Y hasta contaba cuentos de *Hansel y Gretel*. Tan llenos de chocolate. Tan plenos de dulzura. Alguna vez fue *papi*. Cuando éramos felices, piensa.

Tiene que hacer tres intentos para abrir la cerradura de su puerta. La culpa la tienen cuatro coñacs y él lo sabe, pero al menos la molestia del costado ahora es casi imperceptible. La puerta se abre al fin y espira profundamente antes de entrar. Un efluvio de fritanga le invade mientras cuelga el chaquetón en el perchero del recibidor. Carlos —otrora *su* Carlitos— está apoltronado en el sofá viendo la televisión. Si las miradas matasen, Juan llevaría diecisiete cuchillos clavados en el cuerpo. Saluda y no recibe respuesta alguna del menor de sus hijos. *Soy tu papi, hijo*, está a punto de decirle. Pero piensa que ya no hay pértiga lo suficientemente larga como para sortear tan insalvable distancia afectiva. Juanito y Carla no están en casa. Y tampoco se les espera. O mejor dicho, tampoco le esperan a él. Silvia, su mujer, aparece en el salón. Ni tan siquiera puede escrutar lo que dicen sus ojos porque no le dirige la mirada. Hace tiempo que olvidó el color de los ojos de su mujer. Pero lo entiende. Lo merece. Es un perdedor y debe aceptarlo. La observa y piensa que todavía la quiere. Que la desea. Pero él sabe que la conexión hace tiempo que se perdió. Y lo entiende. Es un puto perdedor.

—Si alguna vez fuiste un hombre, ya no lo recuerdo. Nosotros pasando penurias y tú en los bares. Me das asco.

Juan escucha. Nunca un *me das asco* salido de la boca de su mujer estuvo tan cargado de odio como aquella vez. Pero lo entiende. Puestos a entender, hasta comprende que Silvia se haya liado con el abogado del séptimo cuarta. Tal vez lo haga por algo de dinero. O tal vez no. Es complicado querer a un perdedor.

Juan no contesta. Deposita en la mesa del salón un fajo de billetes. Cuatro mil euros. Con eso bastará para un tiempo, pensó. Al menos, hasta pasada la Navidad.

Juan se retira al dormitorio. Está cansado. Cansado de vivir.

Se quita la camisa y observa en el espejo la cicatriz palpitante en su costado.

Ha sido un riñón. Pero ya le han dicho que por un pulmón pagan hasta ocho mil.

Ya se ha apuntado.

Y ahora se acuerda entre lágrimas de una estrofa de un verso de Rubén Darío que aprendió de niño en la escuela:

Y en este titubeo de aliento y agonía, cargo lleno de penas lo que apenas soporto. ¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?

Cuando éramos felices, piensa mientras acuesta su soledad en las frías sábanas de su cama.

Pedro Luís Méndez Sánchez